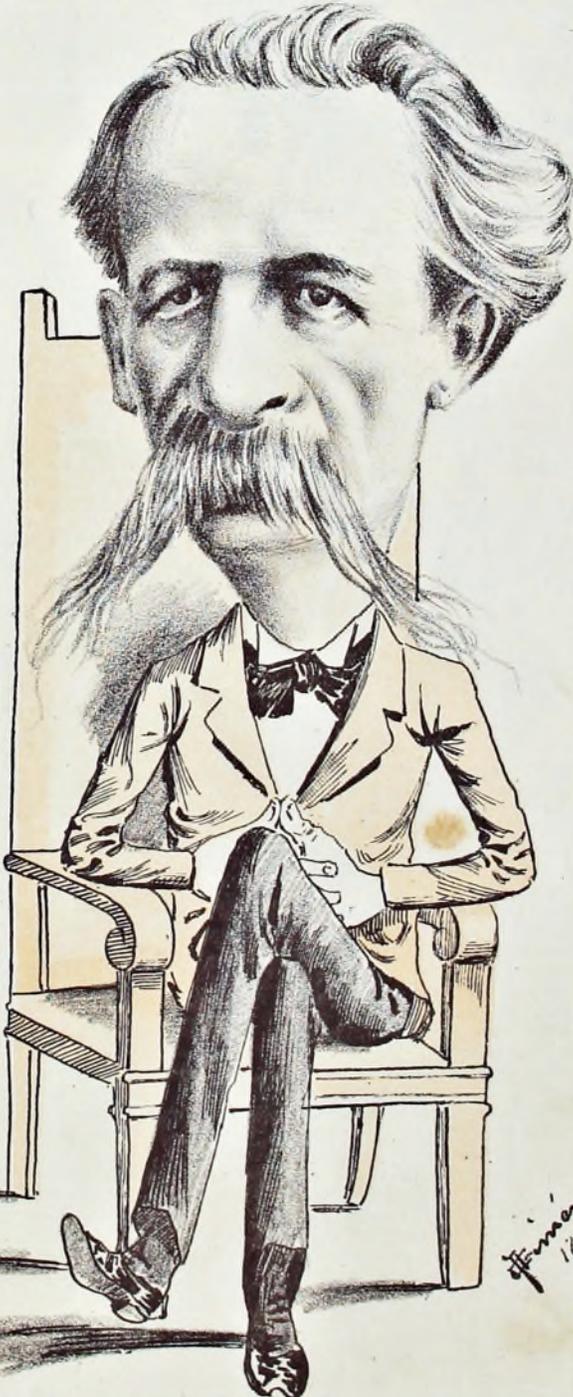


CARAS Y CARETAS

SEMANARIO FESTIVO
DECANO DE LOS PERIÓDICOS ILUSTRADOS

Director: **ARTURO GIMENEZ PASTOR**

GALERIA CÓMICA
FOTOGRAFÍAS SIN RETOQUES



AÑO III
Nº 98
Enero 12 de 1896

PRECIOS-SUSCRICION
MONTEVIDEO-DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1.00
Seis meses	" 5.00
Un año	" 9.00

EXTERIOR
 Los mismos precios en moneda equiva-
 lente con el aumento del franco.

Número corriente 30 centesimos + Número atrasado 30 centesimos

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS
 SE PUBLICA LOS DOMINGOS.

Oficinas: CALLE URUGUAY, 301
 MONTEVIDEO.

IMP. Y LIT. LA RAZON, CERRO, 57

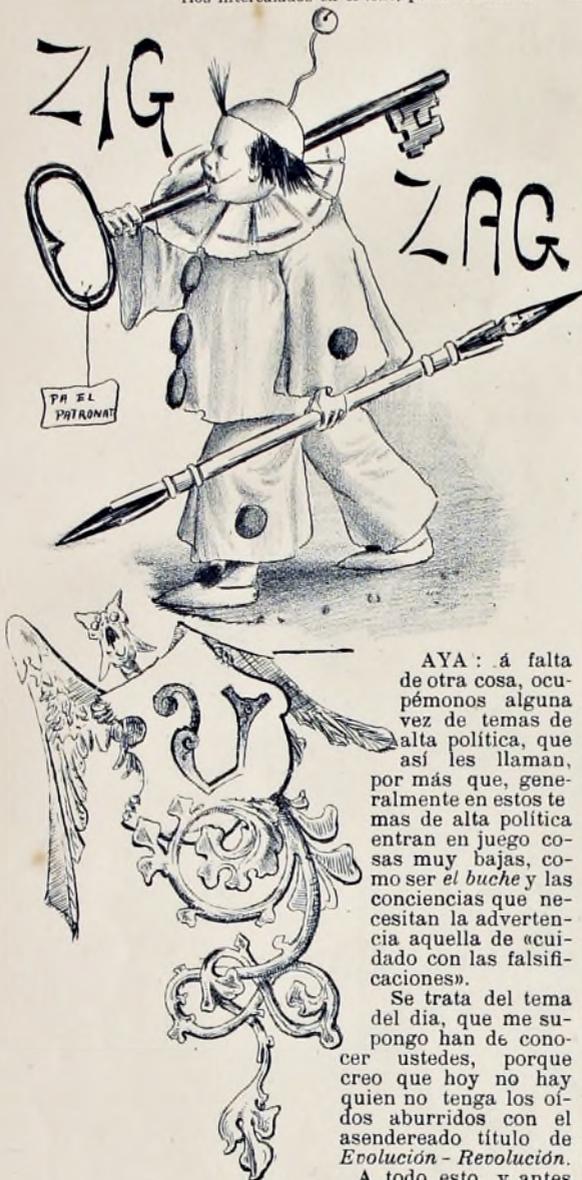
Vaya! Suene una verdad como un puño: Este señor es actualmente Rector de nuestra Universidad.

Y pues a la luz le sacó agregó, por si le abona, que es largo, como persona, y muy instruido aunque flaco.

SUMARIO

TEXTO—«Zig-Zag», por A. Giménez Pastor—«Se necesita estómago», por Juan Pérez Zúñiga—«Sombras literarias»: Carlos Reyles, por Otto Miguel Cione—«Para ellas»: «Los zapatos de pan» [Eraducción de Teófilo Gautier]—«Teatros»: «Entre dos fuerzas» (continuación)—«Menudencias»: «Correspondencia particular»—«Avisos».

GRABADOS—«Galería cónica, fotografías sin retoques»: Tomás Alba Edisson», por Aurelio Giménez—«Evolución-Revolución», por Wimplaine II y varios intercalados en el texto por A. Giménez.



AYA: á falta de otra cosa, ocupémosnos alguna vez de temas de alta política, que así les llaman, por más que, generalmente en estos temas de alta política entran en juego cosas muy bajas, como ser el buche y las conciencias que necesitan la advertencia aquella de «cuidado con las falsificaciones».

Se trata del tema del día, que me supongo han de conocer ustedes, porque creo que hoy no hay quien no tenga los oídos aburridos con el asendereado título de *Evolución-Revolución*.

A todo esto, y antes de entrar de lleno en el asunto (estilo parlamentario puro, si es que hay algo puro en el Parlamento hoy en día) conviene advertir que aunque la cosa ha dado pie á solemnes artículos de fondo y sin fondo, nadie se ha ocupado que yo sepa, de explicarla, siquiera como consideración á los legos en estos temas de alto vuelo como ser la *Evolución-Revolución* y la partida del comisario Da Costa (por lo del vuelo.)

Y como esto no es correcto, cátese aquí que de pronto me ha venido el deseo de explicarlo á ustedes; naturalmente, tal como me parece á mí que es explicable.

Empecemos pues por la *Evolución*.

Se trata, por ejemplo de un país, ó cosa así, que tiene sus habitantes, un lazareto en que se declara una voraz epidemia de latrocinio, muchos militares, algunos de los cuales han sido ascendidos por ascender muchas veces las escaleras de Palacio y ganado sus grados recorriendo las siete gradas del... ¿cómo se llama el drama célebre ese?... á ver si se acuerdan ustedes luego: y siguiendo: una Cámara como hay muy pocas en el mundo, marcanos, un *Monsteur*, comisarios prófugos, y Gobierno, una familia real que come y digiere muy bien, un Patronato, y, como curiosidad, hasta una Constitución.

Ahora bien; el Gobierno supradicho, sea por tendencia innata, sea por afición del momento incitada por la impunidad, da en la idea de transformar el país en una nue-

va Sierra Morena, para lo cual cuenta ya con un diputado Sierra, con otro diputado Moreno y á falta del legendario Juan Portela con Portería y Compañía, que ya es algo.

Pero, como la adaptación al medio es un hecho indiscutible, ella se ejerce en el bendito país de que hablamos, y de ahí, que en vez de echarse por los caminos poniendo el trabuco al pecho á los transeuntes, en demanda de la bolsa ó la vida, se contenta con exigir tan solo la bolsa, que es lo importante, desde cómodos sillones azules y rojos, colocados en un palacio muy grande, y sustituyendo el clásico trabuco por un buen machete; y el pueblo de que hablamos, como es muy manso, entrega su bolsa resignadamente, y la vida cuando se llega el caso, como Butler y otros.

Como es natural, con estas cosas, el feliz Gobierno de la nueva Sierra Morena se pone las botas y goza del botín, dejando los clavos para distracción del pueblo. Y todos viven espléndidamente, comen de una manera prodigiosa, engorda la familia hasta constituir la desesperación de las modistas, beben los Ministros aficionados á ello que es una barbaridad y progresan las estancias á la *française* que es un gusto... para el *Monsieur*.

Pero mientras esta dicha extiende sus alas sobre los dichosos dueños de la tierra (y el comisario Da Costa las extiende sobre el Plata con fines conocidos) los hombres puritanos, que había habido muchos en ella y había aún algunas, los hombres que habían combatido mucho por unas palabritas que se llaman Democracia, Constitución, Libertad y Ley, seguían pensando como se podría obrar para que aquel pueblo viviese feliz.

Y tanto cismar, y tanto cismar, acabaron por concebir una solución luminosísima y se dijeron:

—Puesto que el Pueblo no come bien, ni es feliz; y puesto que nosotros nos hallamos en el mismo caso del pueblo, lo mejor es que comamos nosotros también con los de arriba y así siempre es menor el mal. Aparte de que el Pueblo viéndonos engullir también á nosotros que tanto hemos combatido por él, se alegrará y se le hará, de puro hambriento, la boca agua, con lo cual ya tenemos la seguridad de que no morirá de sed.

Y con esta filantrópica idea, dejando á un lado aquellas palabritas de Democracia y Ley, y Constitución y Libertad que antes proclamaran como únicas dignas del respeto de los hombres, convencidos ya de que ellas no daban de comer, pidieron un puestecito decorativo en la gran gavilla y se echaron á vivir y á comer, porque aseguraron haber descubierto, tras largas meditaciones, que para aquello los había creado Dios.

Cosa esta, que me hace acordar á una fábula que no será de Esopo, pero que puede que sea mía y que voy á contar á ustedes.

Éranse que se eran unos ratones muy austeros y honrados que tenían por todo patrimonio un hermoso queso, y una Constitución que lo distribuía por igual entre ellos. Y estos ratones consideraban un timbre de honor guardar el queso honradamente, para felicidad de todos.

Pero otros ratones ladrones sorprendieron una noche el queso y se lo llevaron para saciar una voracidad de tiempo atrás sentida. Los ratones austeros condenaron energíamente aquel atentado y juraron odio eterno á los ratones *ratas*, quedando firmes siempre en guardar el depósito sagrado de sus antepasados: la Constitución, única cosa que les dejaban para consuelo los otros.

No obstante, como la Constitución no alimentaba, á no ser intelectualmente las ilusiones y esperanzas, ciertos flatos sentimentales, decidieron á los jefes de los ratones austeros á reunir en consejo sus subordinados, y pensando en aquel sabroso queso que los otros disfrutaban sin peligros, espusieron que: para que el hambre no concluyese con los jefes del gran partido de las tradiciones Constitucionales, desgracia que sería irreparable tratándose de los directores y cabezas del partido, habían resuelto participar del queso de los ladrones y engullir con ellos á su vez; todo en el fin de ver si en las expansiones gratas de la digestión, lograban hacer volver poco á poco á los raspad innatos al terreno del honor y del respeto á la ley.

Los ratones del poder recibieron á los jefes tanto tiempo enemigos y les dieron queso en abundancia; de modo tal que aunque

ellos iban á abogar por los derechos de sus partidarios desgraciados, como tenían siempre llena la boca, no pudieron hablar nunca, temerosos de perder el queso que habían empezado á saborear.

Entre tanto los ratones austeros y fieles al honor y á las tradiciones constitucionales, murieron de hambre al pie del libro de la Ley.

Y á esto le llamaron los jefes *Evolución*. En cuanto á lo otro, todo consiste en reunirse los ciudadanos animosos con el buen fin de barrer toda la basura; como quien dice ejecutar uno de los doce trabajos de Hércules; que no es menos limpiar el gran establo hecho palacio, ó al revés, que limpiar los famosos establos de Aurquías. Para esto se arman como pueden, se organizan como Dios les ayuda y ¡pim pum pum! fuego á la desverguenza.

Lo malo es que á la desverguenza no le hace mucha mella todo esto, y luego que en estas aventuras la gente pesca á veces calabozo para seis meses, heridas y resfriados...

Como ustedes ven, es mucho más ventajoso el partido de los ratones evolucionistas y como más cómodo y más alimenticio, más seguido por el común de las gentes.

Por otra parte esto me hace acordar á otra fábula, y vaya de cuentos.

Éranse que se eran unos valientes y nobles leones á quienes un ejército de voraces lobos robó por sorpresa la presa adquirida en gloriosas lides.

Saberlo los leones, ver mancillada por hambre impura aquel depósito preciado y, temblando de noble indignación, decidirse á arrancarlo en franca lid á los miserables hambrientos, todo fué uno.

Aquello hubiera concluido mal para los lobos ladrones á no ocurrirsele á estos, falaces como buenos cobardes, llamar en su auxilio á las zorras, solicitando su ayuda mediante un buen hueso para consuelo del buche.

Entonces las zorras, fingiéndose aliadas de los generosos leones, confiados á fuer de nobles, lograron por medio de astutas intrigas irritarlos unos contra otros, suponiendo á cada uno ambiciones bastardas de predominio y orgullo.

Así divididos los leones, cayeron sobre ellos los lobos en inmensa cantidad, mientras aquellos discutían engegucidos, y los destruyeron vilmente.

A esto se llamó entre los lobos *Revolución*.

Y ahora ¿qué tal?

¿Lo expliqué?

Pues eso es todo.

Ahora, hay quien lo explica más fácilmente, como uno que me decía:

—Pues mirándolo bien, el caso es que *Revolución* y *Evolución* sólo se diferencian en una letra.

—¿Sí?

—Naturalmente. Sacándole la *R* á *Revolución* quedará posible la *Evolución*.

—Pues quitársela.

—Es que la *Erre* no está sola y hay que eliminarla con el apéndice para que sea posible la *evolución* sin mengua de dignidad.

—¿Qué habría que eliminar, pues?

—A *Erre-ra*.

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR

DE PÉREZ ZÚÑIGA

Se necesita estómago

(CUENTO EXTRAVAGANTE)

I

Mi amigo Paco Ferrer, hijo de San Sebastián (1), se hace de todos querer porque es bueno como el pan; pero el Supremo Hacedor le ha condenado á vivir en el apuro mayor que se puede concebir. Hace seis ó siete años tuvo el pobre una patrona

(1) De la capital de Guipúzcoa, no del Santo mártir.



H. H. Himméney
1876

CARRAS Y CHRETA

TOMÁS ALBA EDISSON

EVOLUCION

Caras y Caretas



A esto, según su opinión,
se le llama Evolución.
Y dará por resultado
dejar todo contagiado.

REVOLUCION



Esto, según la Opinión
traerá la Revolución:
muchos bienes, poco mal
y limpieza general.

que le causó graves daños porque era el diablo en persona; *atendía* por Pascuala, y le daba una comida que no la he visto más mala en los días de mi vida. En la sopa hubo de darle más de un pelo de la nuca, y hasta llegó a presentarle huevos fritos con peluca; Comidas tan asquerosas no sé cómo le nutrieron... En fin, al ver tales cosas, sus amigos le dijeron: «Deja, Paco, á esa mujer, múdate y no seas tonto, mira que vas á perder el estómago muy pronto.» Lo perdió por majadero, y exclamó, al verlo perdido: «¡Ay! ¡Cuál será el paradero de mi estómago querido! Sin tal órgano barrunto que no se vive, ¡ay de mí! Nada, nada, voy al punto á buscarlo por ahí.»

II

Vino entonces anunciada en yo no sé qué revista la habilidad reputada de un doctor especialista que, con rara perfección, se dedica en el Perú á la nueva confección de estómagos de *cautchouc*. Se llama, si mal no entiendo, don Torcuato Santafé; en el Perú está viviendo desde que allí puso el pié, y vende estómagos hechos ó los hace á la medida, bien anchos, ó bien estrechos, de poca ó mucha cabida, fuertes para diputados, endebles para cesantes, y algunos cuadruplicados para personas rumiantes. Leyó el anuncio Ferrer y se dijo para sí: «¿Qué mas puedo apetecer que encontrar lo que perdí? ¡Por artes de Belcebú los confecciona un Galeno? Pues me las guillo al Perú por un estómago bueno.»

III

Tres meses más adelante Paco á la Corte traía un estómago flamante, que no se lo merecía. Mas notaba cierto daño que hacía la parte inferior le causaba un cuerpo extraño, y, en medio de su dolor, en algunas ocasiones, asombrado de verdad, veía sus digestiones con pasmosa claridad. La extrañeza y el temor le hicieron mella en el alma, y volvió á ver al doctor, quien le examinó con calma. Y al hacer la operación de abrirle completamente, con profunda admiración vieron doctor y cliente del estómago en el centro las gafas de don Torcuato, que habían quedado dentro cuando cerró el aparato. ¡Por eso Paco sentía tan extrañas desazones, y, al mismo tiempo veía, tan claras sus digestiones!

JUAN PÉREZ ZÚRIGA.

Sombras literarias

ALGO QUE HUELE Á PRELUDIO

Porque sí, ó porque se le dá la plebeya gana á mi archiescasismo caletre, hemos resuelto yo y el supradicho caletre, (el borríco por delante) contando con la inclinación de cabeza del director de este periódico, (es decir, afirmativamente) publicar semanal (el mente lo suprimimos para evitar repeticiones) las siluetas, retratos ó biografías de los que con más ó menos suerte y limpieza ejecutan

saltos mortales (los pocos) ó simples vueltas de *mouton* (quizá en francés no resalte tanto lo prosaico del término) que son los más en el *circo* (y perdónese me la *comparancia* tan poco elevada) de nuestra literatura andante ó de caballería.

En estas biografías no nos ocuparemos de los que hacen sencillas volteretas de carnero (se me escapó en castellano), porque seguramente estarán en cura por los últimos revolcones recibidos y triste es decirlo! porque *esos* no merecen salir en letras de molde en ningún periódico ilustrado ó por ilustrar. Por ej. Franc. C. Ar. — Ben. F. y M., etc. y sólo escribimos en esta sección, de los que mi privilegiado criterio considera como buenos.

Nota larga—Esto parece que está en franca contradicción con lo del archiescasismo caletre, dicho al principio de este artículo, pero el *estúpido* lector, que diría un poeta que se pasea ahora por Europa, habrá comprendido que aquello lo hice por pura modestia nada más, y no porque esté convencido, que por lo menos y exagerando muchísimo, me crea el talento más fenomenal de este siglo, á la altura, casi casi, del geniázo superior á la familia de las *cucarbitáceas*, nuestro único bar... do F. Caraciolo Aratta.

Comenzaré luego por (y no se crea que por ninguna preferencia, ni graduación de mérito alguno sino porque así se me antoja) Don



CARLOS REYLES

Antes de hacer la sombra, haré constar para que él me perdone algún error, defecto ó cosa que no le agrada que saliese publicada, y para que el lector no me juzgue por mentiroso, que al señor don Carlos Reyles no le conozco personalmente, pero sí individualmente, ó sea de vista, y todo lo que de él voy á decir lo sé por boca de gansos, ó lo que es lo mismo, por la de mis amigos (esto hablando en familia).

Era en invierno y ¡cosa rara! hacía frío por las calles de nuestro presidente (porque ahora todo es de nuestro presidente). Andaba dando requiebros *deshojando* árboles, *ondeando* banderolas (lleven la cuenta de los andos) y produciendo incómodas picazonas de nariz un ciervo, más infame y más *picante* que un *chopp* de la Kermesse, á cuanto transeunte y transeunta lucían ya sus adiposas conjunciones ya sus distinguidas osamentas cubiertas por airosas nubes *sediles* (palabra inventada por mí y que deriva de la seda) que ocultaban lo flaco ó lo que no era digno de verse y que sin embargo el indiscreto ciervo quería mostrar á porfía para dar vergüenza á sus poseedoras; de repente (¡efectismo puro!) veo pasar por delante de mis *propios* ojos (pleonismo que aumenta en cien caballos la fuerza de la frase) un inmenso *redingote* ó *remington* ó *fiamblera* artística, es decir, un sobretodo para toda una familia y criados. Por los respiraderos de arriba, vulgo cuello, salía una cabeza de andaluz debajo de una claraboya ó mirador de fieltro, y por las boca-calles ó mangas, dos manos (me supongo que eran manos las que estaban envueltas en dos rojizos estuches ó guantes). ¡Era un hombre!

Ni alto ni muy bajo, buen mozo, facciones pálidas y simpáticas, ojos negros y grandes, cabellos dem, pero no grandes.

Pregunto á un amigo bastante ganso:

—¿Quién es este sobretodo?

El estúpido se puso á reír.

—¡No sabes!—me dijo, acompañando la palabra con ademanes feroces y destrozándome las solapas de la americana—que ese sobretodo es Carlos Reyles, novelista, rentista, estanciero, cabañista, ginete consumado, sportsman, ex-aficionado á toros, *pesado* y muy buena persona?

¡Y yo que estaba por estos mundos ignorante de que hubiera tanto en una sola personal! ¡Infeliz de mí!

Era el autor de *Beba*, nuestra primera novela contemporánea.

No las echaré de crítico literario ahora, pues no entra en mis cálculos *ejecutar análisis ni síntesis* luego que ya han tratado de *eso* varios que la entienden, y otros que no la entienden, pero que se las echan de poetas; sólo diré lo que sé sobre su particular. Es muy reservado y muy serio en su conversación, acertado en sus juicios, sabe mucho; pues es lector que no perdona ni el nombre de la imprenta que fabricó el libro; es amable en el trato íntimo y muy generoso.

Viajó mucho, se divirtió más, derrochó el doble y cuentan que en España tenía para su uso particular y el de sus amigos una plaza de toros en donde los banquetes eran más frecuentes que las *toreadas*.

De familia distinguidísima y antigua en este país, fulminó contra la sociedad y los elegantes una novela, *Por la vida* que fué mal recibida hasta en los círculos literarios, pero ya en ella se encontraban las tendencias naturalistas del autor que más tarde había de regalar á la gloria nacional un laurel más: *Beba*.

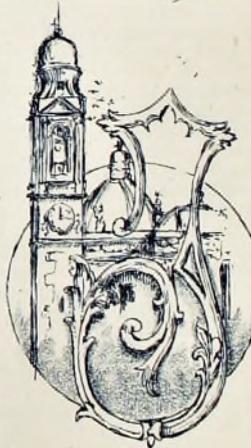
Entre los muchos cuentos publicados en esta capital, citaré uno * que vió la luz en *La Tribuna Popular* y *La odisea de Perucho* en la *Rvista Nacional*.

Mientras le dejan tiempo las faenas del campo, á las que se ha entregado con pasión, ecribe una nueva novela que esperamos sobrepase en mérito á las anteriores.

He concludido y perdonen los lectores el *solo* que les he dado por el *solo* gusto y el *solo* instinto de brutal ferocidad.

Hasta el próximo Domingo soy de ustedes nada más que

OTTO MIGUEL GIONE



URARÍA á que se van á encantar ustedes con el cuento de Teófilo Gauthier, el delicado narrador francés; cuento sentido y suave que me sedujo desde el principio, y cuya traducción les ofrezco hoy.

Es de lo más bonito, subjetivo y pulido que ha escrito Gauthier, á mi humilde juicio al menos.

Adorable en la forma, tan elegante, tan francesa,

por así decirlo, y muy moral y muy sentimental en el fondo, sólo lamento al darlo á ustedes no poder publicarlo todo de una vez, por lo extenso; pero, por otra parte, así les durará más el placer con la curiosidad, y saldrán ganando ustedes. (Si esto no

* Se me ha olvidado el nombre. Y ustedes perdonen.

es precisamente verdad, no me desmientan en público. por Dios!

Y para concluir vaya el anuncio de una novedad importante que les preparo para en cuanto acaben

LOS ZAPATOS DE PÁN

Escuchad una historia que cuentan á sus nietos las abuelas de Alemania. ¡La Alemania! El país de las leyendas y de los ensueños, el bello país en que la melancólica luz de la luna, filtrándose entre las brumas vaporosas del Rhin, crea millares de visiones fantásticas...

Al extremo del pueblo, en una humilde casita, vivía una pobre mujer. El interior de la casita era pobre, muy pobre: contenía solo los muebles indispensables para la vida. Un antiquísimo lecho de columnas salomónicas vestidas con cortinas de sarga amarillenta; un arcón para el pan; un cofre de nogal limpiísimo, pero en el que las numerosas picaduras de polilla, mal disimuladas con cera, denunciaban largos servicios; un sofá forrado de percal de colores deslucidos, marcado en lo alto del respaldo con las huellas grasientas de la cabeza tembladora de la abuela, y una mesa desgastada por el uso; esto era todo. Es decir, todo no; olvidábamos lo más importante: una cuna primorosamente adornada, con su rameada colcha tejida en crochet por la aguja infatigable de una madre cariñosa.

Toda la riqueza de la casa estaba acumulada en la cuna. El hijo de un burgomaestre ó de un consejero áulico no la tendrían mejor. ¡Santa prodigalidad de las madres, que se privan de lo necesario para crear el lujo, un poco de lujo, en el mismo seno de la miseria, alrededor de sus hijitos!

Aquella cuna alegraba el cuartucho. La naturaleza, compasiva para los desheredados, quitaba al chiribitil su aspecto de desnudez, tapizándole por la parte de afuera con siemprevivas y musgos aterciopelados que desbordaban del tejado y bajaban por la fachada, ataviando la ventana, junto á la que estaba colocada la cuna, y á donde venían las palomas, abatiendo el vuelo, á arrullar el sueño del pequeño Hanz.

El pajarito á quien el niño diera una migaja un día crudo de invierno, cuando están los campos blancos por la nieve, al llegar la primavera dejó caer agradecido del pico un grano al pie de la casa, y de aquel grano brotó una enredadera que trepando con sus zarpas verdes por entre las junturas de las piedras, entremetiéndose por un vidrio roto de la ventana, y encaramándose hasta el techo caía después sobre la cuna en guirnaldas, de tal suerte, que por las mañanas los ojos azules de Hanz y las campanillas blancas de la parásita se abrían al mismo tiempo, saludándose amistosamente.

La madre de Hanz, cuyo marido había muerto en lejanas guerras, vivía pobrisimamente con las legumbres de su huerto y el producto de su rueca. Poco era en verdad; pero como bastaba para que Hanz no careciese de nada, era bastante. La madre de Hanz, piadosísima creyente, rezaba, trabajaba y tenía todas las virtudes; pero cometió una grandísima falta.

Sucede que las madres, contemplando á sus hijos, esos querubines sonrosados con las manecitas llenas de hoyuelos encantadores, la piel de nácar y los pies menudos y lindísimos, se imaginan que son suyos para siempre. Pero Dios no da nada; presta solamente, y, como un acreedor olvidado, se presenta de súbito á reclamar su deuda.

Porque aquel fresco botón saliera de su tronco, la madre de Hanz creyó que ella le había hecho nacer; mas Dios, que desde el fondo de su Paraíso de inmensas bóvedas azules estrelladas de oro observa todo lo que pasa en la tierra, y oye desde lo infinito hasta el ruido que hace la brizna de hierba al moverse acariciada por el viento, no vió con placer la creencia de la madre de Hanz. Hanz, además, era goloso, y su madre sobrado indulgente con este defecto; frecuentemente el *perverso* Hanz lloraba cuando, después de las uvas y manzanas, se le obligaba á comer el pedazo de pan diario que tanto anhelan los pobres, y que su madre le permitía arrojar con desprecio ó acababa ella misma; y el Señor tampoco veía esto con agrado.

Y sucedió que Hanz cayó enfermo; abrasóle la fiebre, y por su estrangulada garganta silbaba el aire. al pasar; tenía *crup*, esa terrible enfermedad que ha enrojecido por el llanto los ojos de tantas madres, La de Hanz, ante este espectáculo sintió un duelo terrible.

Todos habéis visto en las iglesias la imagen de la Madre de Dios enlutada y postrada al pie de la cruz, con el seno desgarrado y el corazón sangriento trasgado por siete espadas de plata, tres de un lado, cuatro de otro. Esto quiere indicar que no hay agonía mayor que la de una madre que ve morir á su hijo. ¡Y eso que la Virgen Santísima conocía la divinidad de Jesús y esperaba verlo muy

pronte resucitado! ¡Qué no vestirla la madre de Hanz, que no tenía esta esperanza!

Durante los últimos días de la enfermedad, mientras le velaba, su madre hilaba maquinalmente. Hilaba, y el runrún de su rueca se confundía con la respiración angustiada del niño. Lo que hilaba era el hilo para la mortaja de su pequeño Hanz; no quería que tela usada envolviese aquel cuerpecito querido, y como no podía comprarla nueva, movía su rueca con fúnebre actividad. Pero no humedecía, como de costumbre, el hilo con sus labios; sus lágrimas bastaban para humedecerle.

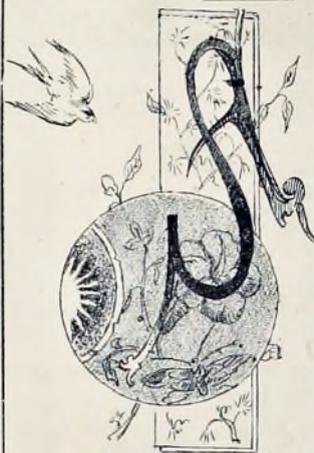
A los seis días murió Hanz. Fuese capricho del azar, fuese simpatía, las guirnaldas de la enredadera que sobre la cuna caían larguísimo también, se secaron, y dejaron caer su última flor, entreabierta y mustia, sobre el diminuto lecho.

TEÓFILO GAUTHIER

(Continuará)

El retrato de hoy

EDISSON



si, solo, con sus siete letras y su duro acento sajón, dice ese nombre lo que no alcanza á encerrar una larga y prolija biografía de otros.

Con orgullo incluimos entre los grandes hombres de nuestra galería á un americano que en la multiplicidad y utilidad de sus prodigiosos inventos sobrepasa á todos.

Con dificultad habrá un hombre que haya dado al

mundo más asombrosos, más numerosos y más útiles inventos.

La electricidad es en sus manos una fuerza amiga, dúctil, servil casi, que él emplea, amolda, doma y dirige omnipotente.

¿Cómo encuentra ese cerebro poderoso la fórmula práctica de sus concepciones extraordinarias, irrealizables, inconcebibles, antes de que él las haga vibrar en el hilo y ser una verdad útil, sencilla é innegable?

Tras esos ojos claros y luminosos, casi fosforescentes, está el secreto; tras de ellos nació á la vida de la idea el maravilloso fonógrafo y poco después la palabra alada fué recojida, aprehendida por él y sometida á su poder, al encerrarla en un cilindro de cera.

Que Dios conserve muchos años, para gloria de América y bien de la humanidad, al gran electricista del gran siglo de la electricidad.



Entre los estrenos dados en el presente semana en el Pabellón Nacional, merece especial mención *El húsar*, piececita que cuenta con muchos admiradores entre los aficionados al arte cómico.

Gil está en ella inimitable. Mesa, con bigotes— como quien dijera un torero con melenas— hizo un teniente primero, de grado y segundo de mérito; quizá hubiera salido mejor si la terrible voz le ayudase. Creo que está malo de la garganta.

Que se mejore... y que baje un dedito á los cuellos que gasta, pues lleva algunos que materialmente lo ahogan.

La Montenegro se ha separado de la compañía... Entraron, en cambio, las tres Millanes, que si no

son las tres Marías, hay por lo menos una, con más Lola y Teresa. Gustan, son muy simpáticas, y hallarán en ellas las piezas que representen, ó mejor dicho, el público que las escuche, intérpretes concienzudas é inteligentes.

Además Gil tiene grandes novedades. Dará la *Dolores de De La Vega*, y un drama de Dicienta.

Hemos visto allí zarzuelitas, comedias, revistas, pericones, y ahora sean dramas. Si nos descuidamos veremos hasta el cometa del 82!

RE-BEMOL.

MÉNEZ PASTOR

EN LA DE DOS FUERZAS

(Continuación)

X



Un después de tomada esta resolución tuvo que reforzarla y sostenerla con empeño contra ciertas reflexiones importunas, muy importunas á fuer de justas.

¿Para qué ir, para qué prolongar más aquella situación violenta, insostenible desde ya para él, que iba de mala fe á ese último acto de comedia, de antemano decidido á no dejarse convencer? Era hacer sufrir inútilmente á la pobre muchacha el desgarrón de la segunda despedida, pero ahora ya frente á frente, teniendo allí cerca sin poder retenerle, gritándole á los ojos confusos su injusticia ruda y su

cobarde falsía.

Todo era verdad; pero el deseo de verla por última vez junto á él, toda de él, ya que iba á dejar aun casi lleno aquel vaso de caricias juveniles, con el inquieto sentimiento del avaro que se ve obligado á abandonar el oro que no le cabe ya en los bolsillos; el antojo de abrazar,—con esa última mirada intensa que junta en un momento todos los recuerdos de la época que va á concluir,—aquel cuerpo joven de carnes oprimidas por nacientes curvas, aquella boca fresca en que él había escondido tantos besos, toda esa adolescencia femenina en flor que iba á dejar para otros, le llevó puntual á la cita.

Fué largo aquello.

Mario tuvo, primeramente que mostrarse afable con las Mestres, dar satisfacciones á todas aquellas grandes narices que se arriscaban hostiles, con aire de dignidad ofendida como dos rayos de desdén lanzando á ambos lados de la boca dos pliegues corridos.

Pero luego todo fué calmándose; tenían que contarle que Modesta, la menor, había pescado un novio, por fin, y aquel tono solemne no se prestaba para tales confidencias.

Modesta recibió con aire de soberana triunfante el aburrido parabien de Mario y sus deseos de largo goce del feliz hallazgo que éste manifestó como fin de conversación, acercándose á Argentina á quien no se había atrevido á mirar todavía, confuso ante ella que le miraba ansiosa desde el sofá, escuchando con semblante entristecido aquellos votos que saludaban el nacimiento de un amorio en el momento en que se agotaban todas las ilusiones y esperanzas que evocara el suyo.

Y sin hablarse, se encaminaron al balconcillo, mientras Modesta respondía con voz chillona y agresiva á una irónica sonrisa de doña Armada.

—¡Ah! no, hija. Lo que es éste, lo tengo bien agarrado del pico. No se me escapará.

Se trataba del nuevo novio.

Allí, en el pequeño balcón que la noche ventosa barría con sus rachas cálidas les dejaron despacharse tranquilamente, porque sin duda aquello estaba arreglado así. El saludo de doña Armada había sido francote, algo confidencial, como diciéndole: «Vamos, hombre; déjese de zonceras y siga...»; en cuanto á las otras cumplían concienzudamente el papel de terceras ayudando con su complicidad prescindente aquella explicación final que Argentina inició, primero tranquilamente, como extrañada, con el aire de quien confía en explicarlo todo á satisfacción de ambos; pero luego, ante la vacilante terquedad de convencido de antemano que movía de un lado á otro, con un *no* confuso pero obstinado de la cabeza de Mario, apareció, con una dilatación de los ojos llenos de inocencia asombrada aquel «¿por qué?» tenaz y persistente que se repetía en una

progresión pesada y oprimente, confundiéndole, acosándole, haciéndole balbucear evasivas cobardes, fatigado de mentir vulgar y torpe, fingiendo el enojo de una ofensa que no existía, sin tener qué contestar á aquel «¿por qué?», terrible en su inocencia, que le perseguía mortificándole el cerebro con un martilleo de pesadilla.

Por fin, ella, viendo que aquello venía decidido de antemano, en un repentino decaimiento de energía se echó á lloriquear con voccecita infantil, de niño afligido, y Mario sintió que se avergonzaba de sí mismo.

Trató de calmarla; le puso cariñosamente la mano sobre el hombro y acercó su cara á la de ella, mirándola con lástima y tristeza un momento. Y al aspirar de cerca su perfume, viendo su nuca blanca y débil rozada por aquellos rizos que tantas veces acariciara, sintió deseos de besarla una última vez, de llevar en sus labios la sensación de suavidad del cutis joven, y la oprimió diciéndole en voz baja, rozándole la pequeña oreja envuelta en rizos:

—Bueno; ahora un beso de despedida...

Ella le apartó al erguirse, y asiéndose de aquella esperanza, quizá de la creencia de que resistiendo al deseo renaciente su juventud hermosa retendría aún al joven, le dijo, mirándole con un débil destello de alegría en sus ojos húmedos y enrojecidos:

—No, no; ahora no; sigue queriéndome, Mario, no seas malo, y te voy á dar muchos besos, como antes ¿sí?...

Y alzaba la cara mientras las ráfagas de viento le sacudían los cabellos dándole, al extenderlos lazos sobre ella, un aspecto desolado de virgen llorosa.

Tuvo miedo de ceder, débil como era ante la mujer; pero aquella frase de Modesta que oyera tras de sí poco rato antes, aquello de «Ah, lo que es éste lo tengo bien agarrado por el pico» tan humillante aplicado á un hombre, le dió nueva energía. Se vió un instante esclavizado impotente para sacudir el yugo, agarrado por el pico, como aquel novio de la menor de las Mestres que el se figuraba sirviendo de irrisión á todas las amigas del barrio, y resistió, decidido á concluir.

Argentina empeñada en no dejarle ir seguía rogándole, acusándole, haciendo esfuerzos por llorar más, fatigada pronto de ello; y al mirarla así se vió nuevamente él mismo, pero bajo otra faz, pidiendo también amor á Delia, también pálido, con la boca seca, y se encontró cruel.

Hubo de concluir aquella situación. Por fin, visto que era inevitable, quizá esperando también éxito de su sumisión melancólica, Argentina lo despidió con un «adiós» triste y sencillo.

Mario salió de allí apresurado, después de cambiar cuatro palabras con las otras á guisa de despedida; y al pasar por la ventana, desde la calle, oyó que Argentina decía adentro, en un suspiro ruidoso y brusco.

—¡Uf! Me ahogo!

Iba irritado contra sí mismo, rabioso por verse obligado á ser actor en aquella escena triste, repitiéndose furioso:

—Soy un bruto, un animal! No debí venir.

Al volverse la vió aun en el balconcillo, despidiéndolo con una mirada que él adivinaba tristísima en la sombra sacudida por el viento, y creyó verla todavía con los cabellos pegados al rostro, caídos, lacios, dándole un aspecto desolado y lloroso que le mortificaba aun lejos de ella.

Habría caminado cinco cuadras, cuando se detuvo sintiendo deseos de volver, furtivamente, para escuchar algo, oír qué decían después de aquello en la salita de las Mestres...

Pasó ahogando cuidadoso el ruido de sus pisadas. Argentina, sentada al piano, cantaba por segunda vez á pedido de doña Armanda, siguiendo la música alegre y golpeada del Pericón:

Los mocitos de hoy en día
son como la paja brava;
les entra el amor con furia
y pronto se les acaba.

(Continuará)



¡Caramba! Como enojada vino enojada el Miércoles *La Nación*, gracias á un suelto de *La Tribuna Popular*!

¡Uf!

¡Qué cosas decía!

V. g.: «¿Qué periodista es ese que se cree con derecho para insinuar torpemente de que el hogar dignísimo del Presidente de la República está intranquilo, cuando no hay otro más feliz en la República?»

¡Naturalmente! A nadie se le puede ocurrir dudar de que el Presidente lo tenga todo, absolutamente todo, hasta las facultades de creador del cielo y de la tierra si llega el caso.

Por otra parte, Dios nos libre de negar la dicha al hogar presidencial; que eso sabemos que es muy verdad y á fé que de buena fuente, pues pagamos mensualmente la rejía felicidad

en forma de impuestos, gabelas y otras hierbas que concurren á constituirla, á Vidiella y el Presupuesto gracias.

Eso de los hogares intranquilos y poco dichosos periodista deslenguado de *La Tribuna*, queda para las viudas, pensionistas del Estado y pueblo manso, por mor, precisamente, de aquella felicidad presidencial.

«¿Quién debe estar más orgulloso de la actitud asumida por su digna esposa que el Presidente de la República, cuando aquélla ha asumido la dirección de una empresa que no había tenido el éxito debido antes de los tabajos de la Comisión de Damas?»

Aquí sí hay de verdad poco; pues si antes de entrar la esposa no tuvo éxito la cosa, cuando entró en ella... tampoco! Y dan de esto exacto dato, asígn lo que se vé la vida y la muerte de la *Kermés* del Patronato.

Pero cierto ó no, el caso es que, según *La Nación*:

«El hogar del ciudadano es inviolable y se hará respetar á la fuerza porque tal es el derecho del hombre—si el descaro llega á ser tan audaz que vuelva á faltarle.»

Conque ya lo saben ustedes. Se hará respetar á la fuerza.

Lo dice sin hacer ascos, ya acostumbrado á desmanes.

—¡Carpinteros catalanes!...

—No, hombre; Presidentes vascos.

Convengamos en que como claro, habla claro el sueltista.

¡Diablo, el periodista *peinel*! Las razones son sencillas ¡*Ne touchez pas á la Reine*... ú os tocarán las costillas!

El comisario Da Costa ha enviado un telegrama al Sr. Jefe Político don Gregorio S. Sánchez, incitándole á poner más celo y empeño en el descubrimiento del asesino de Butler, por el honor y renombre de la sagaz policía uruguaya, honor y renombre que le interesan extraordinariamente como miembro que fué de ella.

Los diarios han dado cuenta de un hecho desgraciado, en que fué víctima un niño de diez años y victimario un carnero.

El animal la emprendió tan brutalmente con el niño, que acabó por darle muerte.

¡Un carnero! ¡Un animal tan manso de ordinario! Parece mentira ¿verdad?

Pero no lo es. Y cumple aquí, dadas las circunstancias políticas, dar traslado del hecho al pueblo manso y á don Juan el bravo (por lo del hogar y etcétera).

Y á los que al pueblo maniatan confiando en su mansedumbre.

Que á veces, contra costumbre, se hallan carneros que matan.

Chistosos geniales.

—¿Ha visto usted? Se ha separado de la compañía de San Felipe la Perales.... No habrá más peras.

—Pero habrá calabazas, siempre para los que intenten.... Usted me entiende.... ¡Eh?

—¡Ehl....

(Efusivo apretón de manos)

En los bajos de la morada presidencial se leían hasta ayer (que yo sepa) cartelitos anunciando al público que allí se venden *cédulas de la Kermesse del Patronato de Damas*.

—¿Con que aquí se venden?

—No,

respondía uno á otro ayer.

—Se venden; puede usted leer...

—Es que ahí decir debió:

«Aquí, se quieren vender.»

Correspondencia Particular

Salchichita—Montevideo—

Darle opinión no me cuesta y declaro que es usté una *salchicha* indigestar.

¿Las gracias? Pues no hay de qué!

F. F. F.—Idem—Son muchas F y muy pocos chistes.

F. del Arca—Mercedes.

¡Si por ello no le acuso!

No es la cosa grave, no.

En vez de agudo, salió

usted demasiado obtuso.

Y eso es todo.

Carolo—Pando—Sí, *Carolo*, sí, *Carolo*!

Voy á contestarle á usté,

pues quiero decirle que

es tonto como usté solo

J. L.—Paysandú—Me parece que ha gastado usted

dinero en sellos para que no llegara el artículo... á publicarse.

Porque á mí me parece que no debe publicarse ¿lo creará usted?

EL ANTICUARIO

Calle 18 de Julio
184

Vende, compra y revende «El Anticuario» libros viejos, vulgares, nuevos, raros, y, por más que parezca extraordinario los paga bien y no los vende caros.

HOTEL CENTRAL

Gregorio y Pda y 6

CALLE
25 DE MAYO
241 y 247

GALLIGARIS

Estudio fotográfico

Hace esta fotografía retratos tan excelentes que á ella acuden á porfia las más distinguidas gentes.